

CAPÍTULO II.

Consideraciones sobre la dificultad de establecer la monarquía en Méjico.—El memorandum del Sr. Gutierrez Estrada.—Proyectos y gestiones del general Santana.—Se proyecta ofrecer la corona de Méjico á un príncipe de la familia real española.—Los Gobiernos de Miramon y de Zuloaga continúan gestionando para conseguir el protectorado europeo.—Primeras indicaciones hechas á la corte de Viena.—Opinion de la prensa austriaca sobre la candidatura de Maximiliano.—Noticias biográficas de Maximiliano.—Carácter y cualidades de su esposa Carlota.

I.

Es evidente que la introduccion de la monarquía en un país dividido por las facciones y debilitado por cuarenta años de conmociones interiores, pero esencialmente republicano así en el fondo como en la forma, y su reorganizacion social, administrativa y política con arreglo al régimen monárquico, era una empresa irrealizable. Para quien conozca la situacion actual y las tendencias políticas de la América española, no le será difícil comprender que el solo amago de la intervencion europea, debia alarmar y poner en guardia á todas las Repúblicas de raza latina, y suscitar la oposicion formidable de los Estados-Unidos, en cuanto se desembarazasen de la guerra civil que por entónces los desgarraba sobre la cuestion de la esclavitud. Los que considerando la intervencion bajo su aspecto más noble y desinteresado, creyeron y afirmaron que la fundacion de un imperio en Méjico, sería la resurreccion moral y política de la raza latina en el nuevo hemisferio, no tuvieron en cuenta que el medio con que se proponian conseguir esa resurreccion, debia producir un efecto diametralmente opuesto. La intervencion debia ofender doblemente á los pueblos americanos, que desde los primeros momentos comprendieron que se trataba no sólo de aten-

tar contra su independenciam, sino tambien contra sus instituciones democráticas y contra su organizacion social. No es así como se adquieren las simpatías de los pueblos y como debe intentarse la resurreccion de una raza. Si Roma logró avasallar el universo entero, lo debió á su política sábia, tolerante y expansiva. Donde quiera que llevó sus ejércitos, jamás se presentó con el carácter de conquistadora, sino con el de amiga y aliada; contentándose con una especie de protectorado nominal, dejaba á los pueblos dominados sus creencias religiosas, su organizacion política, sus leyes, sus costumbres, todo en fin lo que constituye la vida propia de una nacion. Por otra parte, la doctrina Monroe, proclamada por los Estados-Unidos, y aceptada por todas las Repúblicas de origen latino, debia servir de valladar insuperable contra las pretensiones de la intervencion. Así sucedió en efecto, y así sucederá siempre que se repitan análogos sucesos. Europa ha sido vencida en Méjico, no tanto en los campos de batalla como por la eficacia moral de un gran principio, iniciado proféticamente por el ilustre Monroe, cuyo espíritu superior supo anticiparse á los sucesos y presintió lo que debia suceder muchos años despues.

El establecimiento de la monarquía en Méjico y en los demás países dependientes de la monarquía española, hubiera sido fácil y acaso conveniente en los tiempos anteriores á las guerras de independenciam. Pero España cometió dos graves faltas: una, durante el reinado de Carlos III, negándose á seguir los consejos del conde de Aranda, su primer ministro, que sugirió la fundacion de una monarquía; y otra, en el reinado de Fernando VII, negándose á aceptar el plan de Iguala, y no queriendo enviar el príncipe de la casa de España que los mejicanos pidieron en el momento de consumir su independenciam. Despues de la emancipacion se hicieron diversas tentativas, con el objeto de establecer en Méjico la forma monárquica, emprendidas todas por mejicanos descontentos; pero como vamos á ver, ninguna debia obtener éxito hasta 10 de Abril de 1864 en que el archiduque Maximiliano aceptó definitivamente la corona.

Los iniciados en los secretos de la diplo-

macia, saben que desde hace mucho tiempo existen en todas las cancillerías de Europa, demandas de intervencion en este sentido, algunas de ellas dirigidas por el mismo Gobierno mejicano; pero el pensamiento más formal, el proyecto mejor concebido, se debe al Sr. Gutierrez Estrada, quien lo inició en 1840, prosiguiendo su plan durante veinticuatro años, con una actividad y una perseverancia admirables. El Sr. Gutierrez fué á Francia en la fecha citada, y tuvo la suerte de ser bien acogido por Luis Felipe, que tomó en seria consideracion las opiniones del Sr. Gutierrez, llegando hasta mostrarse dispuesto á entenderse con el Gabinete inglés, y tal vez esta cuestion habria tenido entónces una solucion favorable, si la de los matrimonios españoles no hubiese venido á estorbarla.

En un *memorandum* que presentó al Gobierno francés Gutierrez Estrada, propuso el restablecimiento de la monarquía, apoyando su conveniencia en consideraciones que merecen ser conocidas. «El antiguo partido monárquico,—dice el informe,—que despues de la caída de Itúrbide, se habia visto obligado á refundirse en el partido centralista, y que desde entónces se habia resignado de buena fé al sistema republicano, creyó deber salir de su prolongado letargo. Los miembros esparcidos de este partido se aproximaron, se entendieron, y una nueva revolucion estalló. El general Paredes, adherido al partido monárquico, fué el instrumento activo de esa revolucion. Al Gobierno del general Herrera sucedió el de Paredes; el manifiesto que publicó este último no dejaba ninguna duda sobre sus intenciones. Al mismo tiempo que abandonaba á una Asamblea constituyente la facultad de determinar el modo de gobierno que debia rejir el país en lo sucesivo, aquel manifiesto indicaba claramente que sólo la monarquía podia salvarle del desórden, asegurándole el reposo que necesitaba, y la prosperidad cuyos elementos poseia. Méjico tenia entónces un deber que cumplir, como miembro de la gran familia de las naciones; pero no podia cumplirlo sin el concurso de los Gobiernos extranjeros, y de aquí nació tambien un deber para la Europa, de ir en ayuda de Méjico.

»El partido monárquico hizo en poco tiempo grandes progresos. Compuesto de los hombres más respetables por su moralidad y su posicion social, de la generalidad del clero, y de ciudadanos enseñados por la experiencia de lo pasado, este partido queria enlazarse á Europa por un lazo que le ofreciese garantías de porvenir. Consolidar las relaciones comerciales entre el antiguo y el Nuevo Mundo, era dar garantías á los numerosos capitales invertidos en la explotacion de las minas de Méjico, y en una palabra, poner un término á las revoluciones tan fatales para las transacciones remotas: era, finalmente, cerrar la puerta á los abusos que ocasionaban tan frecuentes debates, entre las potencias extranjeras y los Gobiernos efimeros cuyo yugo sufría Méjico periódicamente.» El representante de Luis Felipe en Méjico, escribia al Sr. Gutierrez Estrada: «El remedio que Vd. propone, es el único que puede salvar al Estado... La fuerza misma de los sucesos traerá consigo el resultado que Vd. indica.» Y el *Diario de los Debates* decia, á propósito de la proposicion del emigrado mejicano: «Sentadas están ya, é indisolublemente unidas, las dos bases del único sistema que pueden asegurar la prosperidad y libertad de Méjico: el altar y el trono.»

Al advenimiento de Napoleon III al imperio, se dirijieron á él las miradas y las súplicas de los que querian derribar en Méjico las instituciones republicanas. No un Gobierno débil, sino el más fuerte que ha tenido Méjico, el del general Santana, en la plenitud de su poder absoluto, con un ejército de cuarenta mil hombres, y el país en perfecta tranquilidad, pidió en 1853 el apoyo de Francia, de España y de Inglaterra, para transformar la organizacion política de Méjico. El general Santana, cuya veleidad de opiniones ya hemos dejado consignadas en otro lugar de nuestro libro, creyendo entónces que la monarquía era el único gobierno que convenia á Méjico, confirió en una carta fechada el 1.º de Julio de 1854, plenos poderes á Gutierrez Estrada para convertir á sus miras los Gabinetes de Lóndres, de París, de Madrid y de Viena. Coincidiendo con estas negociaciones secretas y extra-oficiales, los representantes del general Santana, cumpliendo con las instrucciones terminantes

redactadas por el ministro Alaman, pidieron á los Gobiernos respectivos el protectorado europeo. Por muchas que fuesen sus simpatías hácia Méjico, por muy grande que fuese su deseo de ver al ambicioso Santana cubierto con la púrpura imperial, el Gobierno no se creyó con derecho á intervenir por entónces, y así lo manifestó al representante oficial del presidente Santana. Verdad es que si las gestiones de los representantes de Méjico en Lóndres y en Madrid hubiesen tenido un éxito favorable, Francia se habria prestado á cooperar entónces á la intervencion en Méjico; pero ante la oposicion de Inglaterra prefirió permanecer tranquila, más bien que acudir sola á un llamamiento en que la alarma de otras naciones habria sido en proporcion á la fuerza de la Francia y á las simpatías que la mostraba el Gobierno mismo de Méjico.

Mientras que los representantes oficiales del general Santana se limitaban á pedir por las vias diplomáticas el protectorado europeo, se confiaba una mision secreta al Sr. Gutierrez Estrada para que pidiese la cooperacion de Europa para colocar en el trono de Méjico á un príncipe de estirpe real. Dotado de sentimientos profundamente religiosos, Gutierrez buscó en las familias soberanas un príncipe católico y de rancio abolengo. Varias razones le hicieron fijarse en la casa de Hapsbourg y sobre el archiduque Maximiliano; y desde entónces prosiguió su tarea con una constancia tanto más notable, cuanto que tuvo que vencer la oposicion de todos los que querian simplemente la intervencion francesa para pacificar y reorganizar el país mejicano, antes de darle una forma de gobierno definitiva. Por otra parte, no era fácil emprender una expedicion tan lejana para colocar á un príncipe austriaco sobre un trono conquistado con la sangre y con el oro franceses.

II.

En las gestiones entabladas en Europa por esta época, como continuacion ó corolario de otras semejantes practicadas desde Méjico en Lóndres y en París en dos fechas

anteriores, hubo disparidad en lo concerniente á la dinastía real que habia de mandar un príncipe á Méjico. Dióse por algunos la preferencia á España, por creer que le correspondia de derecho; y como entre las dos primeras ramas de nuestra monarquía existiese la enemistad que todos sabemos, ménos recrudescida entónces que ahora por sucesos que no se deben recordar sino para lamentarlos, las naciones iniciadas en el plan, propusieron una concordia definitiva sobre las siguientes bases: el reconocimiento de D.^a Isabel II por los infantes proscritos D. Carlos, D. Juan y D. Fernando; la devolucion á éstos de sus bienes, sueldos y categoría, con residencia, segun su respectiva voluntad, en el extranjero ó en la córte; la investidura de *rey de Méjico* á favor de don Juan, y no de D. Carlos como parecia natural, siendo de los tres hermanos el mayor, por no tener sucesion ni considerarse con salud suficiente para vivir en aquellos climas; la aprobacion inmediata por las naciones europeas de todo lo dicho, pública y solemnemente comunicada á las del Nuevo Mundo, para limitar en el acto cualquiera alianza hostil, y la organizacion y envío desde Inglaterra de una magnífica legion auxiliar de españoles carlistas emigrados, bajo el mando en jefe del general Cabrera, con todos los generales y demás oficiales del mismo partido, que no habiendo reconocido aún á la reina D.^a Isabel II, prefiriesen ir á Méjico á continuar sus servicios: pero este proyecto fracasó con motivo de la guerra de Crimea, del pronunciamiento de España en 1854 y de la caida del general Santana (1).

El Gobierno de Miramon, como el de su sucesor Zuloaga, encargaron á los ministros de Méjico en Europa, que pidieran el protectorado europeo. Miramon hizo todavia más: escribió de su puño y letra al Sr. Gutierrez Estrada, para que en lo privado gestionase cerca de los Gobiernos de Francia y de Inglaterra impartiesen su proteccion á Méjico. Tampoco en esta ocasion se prestó el emperador francés á la proteccion que se le pedia, porque opinaba que esta cuestion de-

(1) *Cuestiones de Méjico, Venecuela y América en general*, por D. José Ferrer de Couto.—Segunda edicion. Madrid: 1861.—Cap. X, pág. 265.

bia resolverse por los tres Gobiernos que tenían intereses en Méjico.

III.

Pero los mejicanos conservadores residentes en Europa no cesaron en su propósito, siempre con la infatigable cooperacion de Gutierrez Estrada, hasta que consiguieron verlo realizado. Las primeras indicaciones hechas á la córte de Viena sobre la candidatura del archiduque Maximiliano al trono mejicano, datan de Octubre de 1861. El emperador Francisco José respondió entónces, que apreciando en su justo valor la preferencia concedida á su dinastía, dejaba á su hermano como único árbitro para decidirse cuando llegára el momento de tomar una resolucion definitiva. No obstante, como importaba saber si la córte de Viena se prestaría á realizar los deseos de lo que dió en llamarse «deseos de la nacion mejicana,» y hasta qué punto, S. M. Apostólica envió, inmediatamente despues de las primeras indicaciones confidenciales de la córte de las Tullerías, al conde de Rechberg al palacio de Miramar, en Trieste, residencia habitual del príncipe Maximiliano.

El ministro de Negocios extranjeros llevaba el encargo de exponer al príncipe los altos destinos á que la voluntad del pueblo mejicano, y las simpatías personales de Napoleon III, se reservaban llamarle, en cuanto quedára terminada felizmente la espedicion francesa. El conde de Rechberg iba tambien autorizado para declarar á S. A. imperial, que el emperador Francisco José, como jefe de la familia, le dejaba en plena y cabal libertad de tomar el partido que mejor le conviniese. En la primavera de 1863, es decir, algun tiempo antes de que llegára á Europa la comision mejicana, el arzobispo de Méjico se dirigió en persona á Miramar para instar al príncipe, en nombre del episcopado mejicano, á que aceptase la gloriosa mision que la Providencia le habia deparado. El archiduque manifestó, que no vacilaría en el caso de que el trono mejicano fuese restablecido en las condiciones que S. A. habia manifestado al abrirse las negociaciones (1).

IV.

La proclamacion del archiduque Maximiliano, hecha por la Asamblea de los notables, no era en realidad más que un escamoteo de que fué juguete todo el mundo. Así debieron comprenderlo los periódicos alemanes y el mismo Maximiliano, á juzgar por las vacilaciones de éste y las apreciaciones de aquellos, en todo lo referente á la cuestion mejicana. En vano se procedió con cierta cautela, escojiendo la candidatura del príncipe austriaco, candidatura *neutral*, es decir, ni inglesa, ni francesa, ni española. En Viena se juzgó la cuestion con una flemma enteramente alemana, sin cuidarse de la vocingleria de la prensa francesa, y sin impresionarse mucho por los informes interesados de los emigrados mejicanos.

En los mismos instantes en que la comision mejicana conferenciaba en Miramar con el archiduque, la *Gaceta austriaca* se mostraba en extremo reservada en sus esplicaciones, relativas á la eleccion del archiduque Maximiliano para el trono de Méjico. El diario oficial ponía el mayor cuidado en consignar, que el Gobierno austriaco no habia tomado la menor parte en las combinaciones que originaron la designacion de la Asamblea de notables, y que la eleccion del archiduque era un asunto puramente personal entre este príncipe y el emperador Napoleon; y declinaba abiertamente, en nombre del Austria, la responsabilidad de las complicaciones que pudiera suscitar la nueva situacion de Méjico, y en particular la responsabilidad de las diferencias que llegáran á resultar de esto con América.

Respecto á la cuestion de si el archiduque aceptaría la corona, el diario oficial se expresaba con la misma reserva, dejando al jóven príncipe el cuidado de resolver en su sabiduria, invitándole á reflexionar sobre las consecuencias de su determinacion y sobre las garantías que debia reclamar. La *Gaceta* concluía declarando, que el archiduque era hombre demasiado experimentado para aceptar el ofrecimiento de los mejicanos, antes de que el pais estuviese completamente sometido y la nacion declarára su volun-

(1) Véase el *Memorial Diplomático*.—Julio de 1863.

tad por medio de sus representantes libremente elejidos. De modo, que el diario oficial austriaco pedia que la eleccion del archiduque fuese confirmada directamente por el sufragio universal, hecho contradictorio y anomalía estraña, habida consideracion de la política tradicional de la casa de Austria.

En otra ocasion (Agosto de 1863) decia la *Gaceta austriaca*: «Corresponde pues á la prudencia, á la sagacidad política y á las inclinaciones del archiduque, ver si debe consentir, y con qué género de garantías. El archiduque Maximiliano es hombre de bastante esperiencia para aceptar la proposicion de los notables de Méjico, antes de que el país esté sometido, antes que la guerra esté terminada. El archiduque Maximiliano es persona de carácter demasiado eminente para decidirse, antes que el país declare su verdadera voluntad por medio de representantes libremente elejidos. No subirá al trono en brazos de una *pandilla*.» La alusion es bien trasparente, y prueba además el exácto conocimiento que se tenia en Viena sobre la verdadera situacion de las cosas de Méjico.

Otro periódico de Viena, el *Ost-Deutsche Post*, se expresaba en los siguientes términos: «Lo cierto es, que el emperador de los franceses es el único protector formal del proyectado imperio; y no es ménos cierto, que cualquiera que sea la persona llamada á ocupar el trono, se verá obligada á gobernar y administrar hasta cierto punto en provecho de los intereses franceses. ¡Qué posicion para el nuevo emperador la de hallarse protegido por una guarnicion francesa y tener que buscar recursos en un empréstito francés! Por todas estas consideraciones, es probable, y deseariamos decir seguro, que la diputacion mejicana no se llevará á Méjico al principe austriaco.» Casi al mismo tiempo, *La Correspondencia general de Viena*, sin dar gran importancia á la mision de la diputacion mejicana, recien llegada á Miramar, se expresaba así en Agosto de 1863, con referencia á informes que suponía fidedignos: «La diputacion mejicana, encargada de ofrecer la corona imperial al archiduque, no podrá ser considerada en ciertas regiones como la expresion de la voluntad general del país mejicano, y por lo tanto, una base esencial

de la aceptacion del archiduque, será que reciba una confirmacion ulterior.» Y reforzando estas razones, decia la *Gaceta de Viena*: «Como el archiduque no ha contraido de ningun lado compromisos que le aparten de la linea designada en un principio, no habrá lugar á abrir negociaciones diplomáticas, propiamente dichas, sobre este asunto, sino despues de realizar las primeras condiciones.»

Como se vé, la opinion pública en Alemania no era propicia á la aceptacion de la corona imperial de Méjico por el principe Maximiliano. Examinando atentamente el espíritu de la prensa austriaca, se nota una gran desconfianza de que pudiera arraigarse en Méjico el imperio, y como un secreto presentimiento de la catástrofe de Querétaro. El mismo Maximiliano, á quien no deben negarse grandes dotes de prevision y de prudencia, lucha entre su ambicion y sus temores: se entera minuciosamente del curso que siguen los sucesos en Méjico; consulta las opiniones de todos, de su familia, del emperador Napoleon III; lee con atencion cuanto se escribe y se publica sobre la cuestion mejicana, así en Europa como en América; y solamente despues de un año de indecision se resuelve á aceptar el imperio, tal vez con angustiosa zozobra y mortal incertidumbre. Sabe que la corona es siempre una carga muy pesada, para el que quiere ejercer el poder supremo noble y honradamente; pero que abruma todavia más á los que pretenden fundar una dinastía. La oferta es tentadora, sin duda alguna; él conoce sus fuerzas, confía en sus hidalgos propósitos, y sonrie con la esperanza de que serán comprendidos los generosos proyectos de reformas que ha concebido allá en la soledad de su palacio de Miramar; pero vá á un país donde el sentimiento de libertad está muy arraigado: á un país que parece vencido, pero no domado ni desalentado: á un país en fin circuido al Norte, al Sur y al Oeste por libres Repúblicas, que no consentirán que se establezca en el Golfo mejicano, un centro de propaganda monárquica y de influencia europea. La trágica suerte de Itúrbide, debió ocurrirse más de una vez á atribulado pensamiento de Maximiliano. Pero

su ambicion se sobrepuso á sus temores y á sus presentimientos, y en la mañana del 10 de Abril de 1864, el archiduque acepto solemnemente y definitivamente la corona imperial de Méjico.

V.

Creemos oportuno dar aquí algunas noticias biográficas del archiduque Maximiliano y de su esposa Carlota, noticias que ampliaremos más adelante, cuando en el curso de nuestra narracion volvamos á encontrarlos rijiendo los destinos de Méjico. Ambos han muerto en la flor de su edad, y decimos ambos, porque muerta está para la vida del alma la que un dia se evaneció con llamarse emperatriz de Méjico. Ante esa triple desventura de una muerte trágica, de una viudez temprana y de una locura tal vez incurable, en todo caso debiamos abstenernos de toda calificacion que pudiera parecer ofensiva. Mas por fortuna, poco trabajo ha de costarnos el juzgar con benevolencia á esos dos personajes simpáticos, cuya vida y cuyos hechos no presentan ningun acto odioso. Si algo de censurable hay en la breve existencia de ambos, será acaso algo de ambicion; pero ambicion ciertamente disculpable, si se tienen en cuenta su nacimiento, su educacion y la posicion que ocupaban antes de aceptar la diadema que para ellos debia convertirse en corona de espinas.

Fernando Maximiliano José, archiduque de Austria, nació en Schoenbrunn el 6 de Julio de 1832. Era hijo segundo del archiduque Francisco Carlos y de Sofia Dorotea, hija de Maximiliano I, rey de Baviera; hermano del actual emperador de Austria, Francisco José; hijo político del rey de los belgas; primo hermano del emperador del Brasil, y primo tambien de la reina de Inglaterra.

Maximiliano recibió su primera educacion en Viena, y en medio de las impuras costumbres de esa ciudad pervertida, en íntimo contacto con aquella nobleza, célebre há ya muchos siglos por sus vicios y por su inmoralidad, pudo conservarse sano de cuerpo y puro de alma, merced á la severidad de sus principios, que no se debilitaron jamás.

Desde muy niño se le destinó á la carrera de la marina, como se habia hecho ya con otro individuo de la familia imperial, muerto en la flor de su edad, y fué menester, por lo tanto, que á sus estudios generales añadiera la teoria y la práctica de aquella ruda profesion. Llamado á promover los adelantos de una institucion casi nueva en el imperio de Austria, pasó su juventud, ora aplicándose con esmero al estudio de los clásicos, ora adquiriendo nociones especiales de la carrera á que con más particularidad debia dedicarse. Para formarse como marino y aun como hombre, hizo el jóven archiduque frecuentes viajes por Europa y por países lejanos, y de este modo, no satisfecho con la enseñanza de los libros, aprendió á conocer el mundo prácticamente. Sus tempranas peregrinaciones aumentaron el caudal de sus conocimientos, dieron solidez á su juicio y enriquecieron su imaginacion y su memoria.

Apénas contaba diez y ocho años cuando por primera vez recorria la Grecia con el vivo interés que debia inspirarle aquel país, cuna de la civilizacion del mundo antiguo. Visitó despues la Italia, España, Portugal, la isla de Madera, Tánger y la Argelia. En esta tierra africana, donde Roma dejó impresadas sus huellas, el islamismo difundió sus tradiciones y Francia ha realizado sus recientes conquistas, se presentó al jóven archiduque un vasto campo para útiles y fecundas observaciones, y no la dejó sin haber subido á la cumbre del monte Atlas y atravesado el país hasta Medeah.

En 1854 esploraba el litoral de la Albania y la Dalmácia en la corbeta *Minerva*, de que era comandante, cuando su nombramiento para el mando superior de la marina le obligó á trasladarse momentáneamente á Viena.

Salió de Trieste en el verano de 1855 á bordo del navio almirante *Schwartzenberg*, al cual seguía una escuadra de diez y seis velas; dirijióse á Candia y visitó á Beyruth y el monte Líbano, recorriendo las costas de la Palestina. Muchos ilustres peregrinos le habian precedido en Jerusalem, á donde le llevaron su acendrada piedad y el atractivo de los grandes recuerdos, siempre vivos en aquel suelo sagrado, donde dejó abundantes

muestras de su munificencia. Todo lo examinó minuciosamente, recojió de todos los Santos Lugares tesoros inestimables para un corazón verdaderamente cristiano, los trajo consigo y los conservó con la veneración de una fé viva y ardiente. En Egipto visitó el Cairo, las Pirámides y Memfis. Dotado de un entendimiento elevado y práctico al mismo tiempo, hizo el viaje á Suez, á fin de apreciar por sí mismo y con exactitud las grandes obras comenzadas ya. En seguida, atravesando el Desierto, volvió á Sicilia.

El año de 1856 lo empleó el infatigable archiduque en sus escursiones por la Alemania Septentrional, por Bélgica y Holanda, despues de haber visitado la Francia y recibido durante quince dias, la hospitalidad del emperador en Saint-Cloud, donde se formaron entre ambos príncipes las mútuas relaciones de estimacion y afecto, origen tal vez del trágico fin de Maximiliano. En 1857 recorrió el Rhu, la Lombardia y la Italia Central; pasó luego á Inglaterra y de allí por segunda vez á Bélgica, donde le esperaba el complemento de su felicidad: el enlace con una princesa tan ilustre como digna de su propio mérito y grandeza.

En efecto, el 2 de Julio del mismo año el conde Arquinto, embajador imperial, habia pedido para el archiduque, en audiencia solemne, á Leopoldo I, rey de los belgas, la mano de la princesa Maria Carlota Amalia, hija suya y de la princesa Luisa de Orleans, tan distinguida (asi lo aseguran sus biógrafos) por su rara virtud como la reina Maria Amalia, su buena y cariñosa madre. Joya de la corona belga, la princesa Carlota iba á ser tambien la perla de la corona imperial de Austria.

Poco tiempo despues de su casamiento partió el archiduque con su esposa para Sicilia, el Mediodía de España, las islas Canarias y Madera. La princesa fijó en esta última ciudad su residencia durante el invierno, mientras que el jóven príncipe, anteponiendo á todo su deber, se embarcaba para el Brasil, tocaba en los puntos de escala más importantes, y cuando hubo llegado al Nuevo Mundo hizo en sus espesos bosques escursiones tan interesantes como arriesgadas.

Cuantas luces y experiencia es dado ad-

quirir con el estudio comparativo de usos y costumbres diferentes, de países distintos, de instituciones y leyes diversas, todo lo aprovechó el archiduque en sus viajes y fecundas exploraciones, aplicando su inteligencia superior al exámen filosófico de todo lo que se le presentaba.

Así completó su educacion de marino y de príncipe, antes de volver á sentarse en las gradas del trono; y así adquirió nociones claras y profundas sobre el curso de los acontecimientos humanos, y la marcha de los gobiernos y de las sociedades modernas.

El mando superior de la marina, léjos de ser para este príncipe un mero cargo honorífico, fué más bien un medio eficaz para acometer árduas empresas provechosas. Veintidos años tenia cuando organizó por sí mismo una escuadra importante, y bajo su mando la condujo á las costas de Siria y de Palestina. Pobre en la mar el Austria, propúsose Maximiliano dar importancia á su marina de guerra, y dedicando su pericia y su actividad á la construccion naval, logró formar una escuadra, compuesta de buenos buques y escelentes marineros.

Apénas iniciada la idea de la canalizacion del istmo de Suez, allá marchó Maximiliano, no como simple observador, sino como eficaz é inteligente cooperador de esa obra prodigiosa, que registrará en sus anales nuestro siglo como uno de sus mayores triunfos y más grande servicio hecho al porvenir de la humanidad.

Apreciando dignamente el emperador los distinguidos servicios del archiduque y su alta capacidad, le confirió en 1857 el gobierno político y militar de l reino Lombardo-Véneto, conservando al mismo tiempo el mando superior de la marina. El archiduque desempeñó por espacio de dos años este cargo con tanto celo como feliz éxiio, y no obstante las difíciles circunstancias por que atravesó entónces aquella parte de Italia, supo hacerse estimar por la dulzura de su carácter y por su espíritu benévolo y conciliador. El Pó salió de madre, causando formidables inundaciones; y el príncipe, activo y denodado, acudió á los puntos de mayor peligro, salvó á los habitantes, y los socorrió en sus necesidades más imperiosas, implorando en su

favor los auxilios del Gobierno imperial.

La cuestion política le proporcionó una nueva y más brillante ocasion para ensayar sus dotes. La agitacion contra el Austria estaba en su apogeo; el pensamiento de la unidad italiana se robustecia en las provincias sometidas á aquel imperio; era la víspera del día en que la Francia y la Italia desenvainaban la espada para cortar las ligaduras de un pueblo que vivia en la opresion bajo un cetro extranjero, y el pueblo se agitaba ante la idea de su resurreccion. El pueblo odiaba al Austria y respetaba á su virey, que desarmaba las pasiones con su moderacion: sus órdenes de mando enmedio del conflicto, más que órdenes eran consejos amistosos, suaves exhortaciones que desconcertaban y atraian á los que él no queria por enemigos, y cuyas desdichas fué el primero en lamentar.

Continuó dando muestras, como virey, de sus talentos administrativos, organizando bajo un sistema ménos vejatorio para los gobernados, no sólo los asuntos rentísticos de la provincia sometida á su mando, sino aun las leyes políticas, cuya tirantez fué siempre causa del ódio de los italianos. Ignoramos lo que haya de cierto sobre una conspiracion que dicen se fraguó contra su vida, por la misma época en que se verificó el atentado de Orsini contra Napoleon. La conspiracion no llegó á estallar; pero el conde de Strómboli llegó precipitadamente á palacio una noche, dándole la noticia de que se trataba de asesinar al archiduque. Entónces Maximiliano tuvo ocasion de manifestar su valor personal y esa admirable serenidad que no le abandonó despues ni aun en sus últimos momentos. Salió de su vivienda llevando á su esposa asida del brazo, y sin acompañamiento ni escolta de ninguna especie, se presentó en la plaza de San Márcos, desconcertando los planes de los conspiradores. Otra vez que tambien le anunciaron sospechas de que se atentaba contra su vida, en el momento en que se disponia para ir al teatro, dijo al portador de la nueva: «Si esa conjuracion es cierta, dispensadme el favor de que perezamos juntos.»

Su prestigio siempre creciente no se ocultó á la penetracion de su celoso hermano el emperador, y en 1859 le separó del mando,

poco tiempo antes de estallar la guerra entre Austria, Francia é Italia. Francisco José veia en Maximiliano un terrible rival, no porque éste pretendiera sobreponerse á su autoridad, sino porque la opinion pública le creia más digno de llevar sobre sus sienes la corona de los Hapsburgos. Separado Maximiliano del gobierno de Venecia, sus desavenencias con el emperador le obligaron á retirarse á Miramar, de donde apenas salia para asistir á algun acto oficial de la córte de Viena, dedicándose más que nunca al estudio de las ciencias y las artes, que siempre encontraron en él un ardiente y generoso promovedor. Así fué que cuando el conde Giuliani empezó con la publicacion de su Memoria á levantar un verdadero monumento de la historia nacional, el archiduque Maximiliano miró como punto de honra para Italia su continuacion, favoreciéndola cuanto pudo, y dando igualmente á una comision el encargo de publicar los *Monumentos históricos y artísticos* de las provincias Lombardo-Vénetas.

No es esta la ocasion de juzgarle por sus actos políticos, mientras ejerció en Méjico el poder supremo; pero no estará demás señalar aqui algunos rasgos generales de su carácter, para completar este ligero bosquejo de su vida hasta que su mala estrella le llevó á las playas del Golfo mejicano. Como hombre privado, Maximiliano supo mantener á gran altura su reputacion. Sus inclinaciones modestas y el horror que tuvo al vicio desde sus primeros años, hicieron de él un modelo de esposos, no pudiéndosele atribuir ninguno de esos devaneos que tan comunes son en algunos principes. Su conducta por un lado, y por otro los ejemplos de modestia y caridad que á cada momento ofrecia su esposa, consiguieron bien pronto reformar las costumbres de la capital de Méjico, despertando en las clases elevadas los sentimientos de caridad evangélica á los que se debe la creacion de algunos establecimientos de beneficencia.

Era Maximiliano de buena constitucion, aunque de regular estatura. El Sr. Gutierrez Estrada, que le trató personalmente en Miramar, nos ha trasmitido en un folleto que publicó en Méjico, los siguientes datos sobre su persona: «El archiduque Fernando Maxi-

miliano,—dice,—tiene un personal que previene en su favor de un modo irresistible; frente espaciosa y tersa, indicio de una inteligencia superior; ojos azules y vivos en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura; la expresión de su semblante es tal, que nunca se puede olvidar. El alma se refleja en su rostro, y lo que en él se lee es lealtad, nobleza, energía, una esquisita distinción y una singular benevolencia.

Dotado de una disposición natural para las artes, las ciencias y las letras, las cultivaba con ardor y lucimiento. Su actividad y laboriosidad son prodigiosas: en todas estaciones el día empieza para él á las cinco de la madrugada. El estudio es, puede decirse, su idea fija. Habla seis lenguas con gran facilidad y corrección. Hermano de un emperador ilustre, gran almirante del imperio, colocado muy cerca del trono, objeto del respetuoso amor y admiración de todas las clases de la sociedad, conocido y estimado en toda Europa, está rodeado de cuanto puede lisonjear la ambición más elevada.

En medio de tan graves negocios, de tanto esplendor y tanta gloria, ha escrito sus *Impresiones de viaje*, varias obras científicas y algunas no publicadas aún, en que ha pagado también su tributo á la poesía.

Maximiliano no perdió jamás sus hábitos de estudio y de trabajo; almorzaba á las ocho y comía á las dos con la frugalidad del hombre más modesto. Terminadas las tareas diarias, dirijíase por las tardes á las afueras de la ciudad en carretela descubierta, tirada por seis mulas que marchaban siempre con gran velocidad. Marino por vocación, era reputado como uno de los más profundos matemáticos, y conocía á fondo la astronomía y todas las ciencias que con ella se relacionan; aún circulan en el mundo científico algunas de las obras que dió á luz en su temprana edad.

Se citan de él dos rasgos característicos, que revelan la nobleza de sus sentimientos. Cuando Maximiliano fué á Méjico, uno de sus primeros actos fué ofrecer á Juárez un alto puesto en el imperio á cambio de su sujeción; pero el presidente de la República, con la energía propia de su carácter de hierro, rechazó la proposición. Un año más tarde, dió un público testimonio del alto concepto

en que tenía á Juárez; otro ménos franco, ó de sentimientos ménos elevados, se hubiera callado alabanzas que debían aumentar el prestigio del que al fin era su mortal enemigo, y el único á quien verdaderamente podía temer. Maximiliano procedió de diverso modo: dijo la verdad, cosa rara en documentos oficiales de cierto género, y más rara todavía en los príncipes que han recibido cierta clase de educación. Así en su manifiesto del 2 de Octubre de 1865, el emperador hacía predecir el decreto de represión, de un elogio dirijido á Juárez, por la constancia y el valor que demostraba en defensa de la causa que había sostenido hasta entónces.

En suma, Maximiliano era demasiado bueno y demasiado liberal, y estas dos nobles cualidades que hubieran afirmado su trono y su dinastía en Europa, no le sirvieron de nada en Méjico. Benigno con sus enemigos, inaccesible al ódio y á la venganza, estimado particularmente por sus escelescentes cualidades, fué sin embargo odiado por todos los mejicanos que personificaron en él su ódio á la Francia y á la dominación extranjera. Tal es el hombre, juzgado por cuantos lo vieron y lo trataron. En cuanto al soberano, ya tendremos ocasión de juzgarle más adelante; limitándonos ahora á decir, que si en Méjico hubiera sido posible la monarquía, pocos monarcas habrían conseguido ser tan queridos y populares como Maximiliano.

VI.

María Carlota Amalia, hija del difunto Leopoldo, rey de los belgas, nació el 7 de Junio de 1840, y hallábase en todo el brillo de la juventud cuando se casó con el príncipe Maximiliano el 27 de Julio de 1857. Si en lo físico la había prodigado la Providencia las gracias más esquisitas, en lo moral la había adornado de aquella hermosura inestimable que sólo puede dar la virtud. Una suma sencillez unida á una majestad natural; una instrucción acabada, vasta y sólida, junta con todas las dotes de un alma elevada; una caridad inagotable: tales son las dotes que todos admiraban ya en la joven esposa. Un mérito tan sobresaliente no pudo ocultarse á la penetración de los italianos; así es que al ha-

cer el archiduque su entrada solemne en Milan el 16 de Setiembre de 1857, saludaron llenos del más vivo entusiasmo á la princesa que el cielo les habia deparado. » Así rasguea el Sr. Gutierrez Estrada el retrato de la archiduquesa Carlota, á la edad de diez y siete años.

Veamos ahora el de la emperatriz, hecho diez años más tarde, por una persona (1) que la vió muy de cerca en Méjico en 1864:

«La emperatriz Carlota ha debido nacer con la corona imperial sobre la frente. Su aspecto noble y majestuoso indica á primera vista la soberanía; sus ojos espresivos é inteligentes, revelan los grandes pensamientos. Algunas veces sus lábios ó sus ojos se contraen ó se animan con una espresion de desden que le inspiran los hombres y las cosas; pero su voluntad amortigua con presteza el brillo de los ojos y dá á los lábios una sonrisa apacible que tranquiliza á los mas suspicaces. Creo que no es muy sentimental; pero es buena y generosa, y tiene compasion y consuelo para todos los infortunios. Por término medio gasta diez mil francos semanales en obras de caridad; pero lo que dá en secreto ó directamente, nadie lo sabe. Mejor comprendida, y rodeada de personas más adictas, habria llegado á ser la Providencia de Méjico, por las instituciones de beneficencia que hubiera fundado, y por el impulso que pensaba dar á las obras de caridad, de las cuales Méjico carece totalmente.

«Digna, pero sin despotismo, tiene una firmeza tenáz é inquebrantable; detiene á respetuosa distancia á los que se le aproximan, pero es sencilla y benévola para aquellos á quienes se acerca. Dotada de un espíritu recto, penetrante y liberal, la emperatriz juzga las cuestiones más difíciles y elevadas con mucha exactitud. La biblioteca de su gabinete particular en Chapultepec se compone de una sola obra: *El Boletín de las leyes*. Estudia siempre, sin arredrarse por la aridez de las materias que le son útiles. En lo que respecta á Méjico y á los mejicanos, la emperatriz no ha sido bastante bien informada

para aligerar el peso de su corona. Y esto no es estraño; porque no basta haber residido en Méjico para conocer este país, sino que es preciso haberlo estudiado por todas partes y sin preocupaciones. Dudo mucho que los mejicanos y los extranjeros que rodeaban á su majestad tuvieran el valor, la capacidad ó la voluntad de ilustrarla sobre este asunto. Difícilmente puede un soberano consagrarse á esta clase de estudios. Los materiales que llegan hasta su gabinete no son de tal naturaleza que le manifiesten la verdad enteramente desnuda.

«En cuanto á los arcos de triunfo y á las flores arrojadas al paso de los monarcas, harto se sabe que no significan nada, aun cuando las municipalidades hagan los gastos. Si las ilusiones de la emperatriz sobre la situacion de Méjico han durado hasta su partida de América, es ménos culpable de lo que se cree en ambos lados del Océano. Es admiradora de la política general del emperador Napoleon III. Yo la he oido razonar sobre todas las cuestiones europeas con una calma, una lucidez y una imparcialidad verdaderamente notables. Al escucharla, se olvida su edad, su sexo, su trono, creyendo oír el Nestor de la política ilustrada y liberal. Comprendo que esta alta inteligencia haya sufrido tan cruelmente. Las conspiraciones continuas, su viaje á Paris y sus entrevistas con el Santo Padre le han demostrado la verdadera situacion del nuevo imperio; y al desvanecerse las ilusiones, debian fatalmente quebrantar la razon de una naturaleza tan privilegiada.»

Para completar los retratos de ambos consortes, trascribimos á continuacion algunos párrafos de una carta escrita desde Roma, por una persona que los vió allí en Abril de 1864, cuando fueron á despedirse de Pio IX en su paso para Méjico.

Dicen así:

«Fernando Maximiliano representa unos treinta y dos años: es alto, robusto y simpático desde el momento que se le vé; algo lo afemina la demasiada compostura del cabello, que lleva partido por la mitad y que peina á menudo con su blanca y torneada mano, acaso por costumbre ó tal vez por estudio. En los ojos, que son claros y pequeños, hay

(1) Mr. Emmanuel Domenech, antiguo director de la prensa del gabinete del emperador Maximiliano, ex-limosnero del cuerpo expedicionario francés.

la chispa de la inteligencia, si no de la sagacidad. Sonríe siempre, y esto que indudablemente le atrae voluntades, oscurece las prendas físicas del rostro, pues teniendo el lábio superior partido le desfigura la boca, cuyos dientes son grandes é irregulares.

El acento es marcadísimamente austriaco, pero dulce y fácil, con cierta cadencia que sin tocar en lo monótono, agrada y cautiva. El francés lo habla con dificultad, no sé si por cálculo ó acaso por temor: diríase que al espresarse en aquella lengua le impele la gratitud más bien que la espontaneidad. Pero cuando se entrega al italiano, aparte de la exageracion gutural, es un romano con el cadencioso dejo florentino y algo del meloso veneciano: entónces agrada doblemente. Le he oido algunas frases en español; pero se vé que lo ha practicado poco, si bien parece comprenderlo. De talento debe tener mucho; pero de astucia y lo que comunmente llamamos sagacidad, me parece que dispone poco, y si no me equivoco, será una fatalidad para el nuevo emperador; pues las personas que hoy le rodean, las que más tarde le circundarán y los súbditos que ha aceptado, no se hallan desprovistos ciertamente de aquellas cualidades. Viste una levita-uniforme, parecido, hasta en la faja con cordones, á la que usan nuestros generales.

La princesa Carlota es una jóven de veinticuatro años, bella y graciosa. En todas sus acciones se revela la persona real, pero al mismo tiempo inspira cariño y respetuosa confianza la modestia con que se presenta y el pudor con que mira y devuelve los saludos que se le hacen. Yo no sé por qué al pasar la vista de *él á ella* se cae en una melancolía inesplicable; se siente uno inclinado á la compasion cuando todo debia predisponer á lo contrario. Tengo la desgracia de ser buen fisonomista y de decir todo lo que siento; ¿por qué, pues, he de ocultarles que he creido adivinar en el bello rostro de la nueva emperatriz el sentimiento contrario que en el de su esposo? ¿Será verdad lo que alguien ha indicado de que al ir al territorio turbulento de la que fué tantos años República, sobra en el *uno* la voluntad que falta en la *otra*? ¡Ojalá no sea, al ménos por esta vez, exácta la vulgar creencia de que en la mujer el instinto de lo

futuro es más claro y exacto que en el hombre (1).